

FUNCION DE LA CATEQUESIS EN LA TOTALIDAD DE LA MISION DE LA IGLESIA

I

Debiendo tratarse frecuentemente en esta revista temas catequísticos, parece oportuno estudiar con cierta amplitud, ya desde los primeros números, la función propia de la Catequesis en la misión de la Iglesia. Con ello se refrescarán ideas y conceptos que nunca debemos olvidar ni dejar en la penumbra, inoperantes, cuantos trabajamos en comunicar el mensaje de Dios a las almas.

El presente artículo es sólo introductorio. En él reflexionaremos sobre algunos conceptos previos y necesarios para comprender y estimar en toda su extensión y profundidad el misterio de la transmisión de la Palabra de Dios a las almas. Dichos conceptos están directa o indirectamente relacionados con el título que nos preside.

Sea la primera afirmación que *toda* la Iglesia es por esencia misionera; se tratará luego de la *instrumentalidad* en la misión de la Iglesia, de los diversos *agentes humanos*, de su *acción*, de las relaciones íntimas existentes entre la *Palabra de Dios y los Sacramentos*. Finalmente, hablaremos de la *fe* que la Catequesis suscita y fomenta.

El próximo artículo versará de lleno sobre el cuerpo del tema.

Cristo confió su misión apostólica a «toda» la Iglesia.

Cuando se habla o reflexiona sobre la misión de la Iglesia, se nos cuela imperceptiblemente, quiérase o no, en nuestra elaboración mental un fenómeno de evasión personal y de proyección de los juicios sobre ciertas personas determinadas, o bien sobre entidades e instituciones —por ser menos comprometido generalizar— que nos parece representan y personifican más y mejor a la Iglesia.

Puntualizando. Un simple ejercicio de introspección nos puede des-

cubrir cuán alegremente nos zafamos de toda responsabilidad en el cargo de almas —¿y quién no tiene alguno bien concreto?—, apuntando más arriba, como si la representación de la Iglesia correspondiera únicamente a los que gozan de mayor autoridad.

Tampoco se descarta por imposible que los puestos en el candelero, como miembros de la Jerarquía, se sientan propensos a descargarse sobre otras personas apostólicas más próximas y en contacto directo con las almas.

Pero el fenómeno más típico es, sin duda alguna, el de los seglares. Es también el más inquietante. De tal modo se han resignado a la pasividad y les tienen sin cuidado estos problemas, que el considerarse ajenos y ver sólo Iglesia en el clero y en cuantos visten hábito talar es ya casi enfermedad endémica y, al parecer, incurable.

Este fenómeno es más frecuente en determinadas zonas, donde, por las costumbres, mentalidad, tradiciones y, sobre todo, por cierto formalismo excesivamente clerical¹, no se mira bien que un no clérigo exponga públicamente su pensamiento sobre asuntos estrictamente religiosos².

Del mismo modo, es extremadamente inquietante la escasa reacción de los seglares, y en especial de nuestros jóvenes, frente a los temas religiosos. Lo aceptan todo como algo obvio, sin que les suscite problemática alguna. Tal apatía es uno de los signos más alarmantes. Indica que no les seduce la originalidad del mensaje cristiano, capaz por sí solo de aglutinar todas las fuerzas e intereses para la consecución de un fin noble³. En cambio, cuando tocamos asuntos de vital interés «para ellos», la reacción es instantánea y hasta violenta. Así

¹ Es bien sabido cómo son desviaciones no sólo el laicismo, sino también el clericalismo. Ambos acusan un sentido inadecuado o incompleto del misterio de la Iglesia. No en vano piensan muchos que la Ecclesiológia es el nervio de todas las ciencias teológicas y como el aglutinante que les presta el justo equilibrio o el hilo conductor que saca a la luz sus interrelaciones. Hablamos, naturalmente, no de una Teología unilateral de la Iglesia, sino de su estudio comprensivo y total, que la exponga como el Cuerpo Místico de Cristo. Gracias a Dios, tal concepto se va abriendo camino, poco a poco, en los tratados «De Ecclesia».

² Personalmente, nos ha sorprendido siempre, v. gr., en algunas conferencias públicas de Pastoral Litúrgica, la total ausencia de seglares entre los conferenciantes. ¡La Liturgia, que es precisamente el culto de todo el Pueblo de Dios! ¡Cómo no se cae en la cuenta de esos profundos contrastes, antes bien se los considera como la cosa más natural del mundo!

³ Uno de los mejores criterios externos para juzgar del valor de la educación religiosa que se ha dado a la juventud es la mayor o menor inquietud que se nota en los jóvenes por los asuntos religiosos. Tal inquietud, en efecto, será un acicate que les impulsará durante toda su vida a que sus conocimientos y vida religiosa se adecuen y armonicen con los conocimientos y experiencias humanas, sociales, económicos, culturales, etc.

ocurre, por ejemplo, con todo lo relativo al amor, al dinero, a la profesión presente o futura. Señal inequívoca de que, en definitiva, es esto y no aquello lo que les muerde en lo vivo. Es imposible, en efecto, estimar un valor que lo sea realmente, en lo más profundo de nosotros mismos, sin que hiervan en nuestro interior interrogaciones, preocupaciones, reacciones, e incluso oposiciones y contrastes.

Si quisiéramos dar con las causas fundamentales, probablemente descubriríamos que el origen primero de tal estado de cosas no radica en la arbitrariedad ni en la esfera peculiar de sus víctimas, que así se comportan y reaccionan. Las causas últimas, en efecto, de ordinario van mucho más allá en el tiempo y en el espacio. Suelen ser del orden de los principios y de las ideas. Unos y otras, al echar raíces y orientar nuestros comportamientos éticos y, en consecuencia, nuestra personalidad entera, que en ellos se compromete con mayor o menor intensidad, abren rutas cuyo rumbo es prácticamente imprevisible incluso a mentes muy perspicaces y lúcidas.

En nuestro caso parece que la raíz última reside en el concepto unilateral que ha animado y marcado la elaboración sistemática de la Eclesiología, tanto en las escuelas teológicas como en los catecismos, repetidores literales, no siempre con acierto, de aquéllas⁴.

Y las Escuelas de Teología han expuesto y estudiado la Iglesia especialmente, si no exclusivamente, bajo el ángulo de su visibilidad y de su entidad jurídica, en vez de tratarla según su realidad plena, que parte siempre del interior y en él termina.

El aspecto tratado es una faceta de la Iglesia, evidentemente, pero sólo una⁵.

⁴ Cfr.: Josef Andreas JUNGMANN, S. I., *Catequética*, Herder (Barcelona 1957), páginas 30 ss.—Guy de BRÉTAGNE, *Le catéchisme-institution. Esquisse historique*, Lumen Vitae, 5 (1950), pp. 389 ss.—GIRAULT, R., *Quatre siècles de catéchisme*, Lumière et Vie, 35 (1957), pp. 543 ss.

⁵ Cfr. los diversos conceptos de «Iglesia» en las obras siguientes: Charles JOURNET, Professeur au Grand Séminaire de Fribourg (Suisse), *L'Eglise du Verbe Incarné* (II). *Sa structure interne et son Unité Catholique*, Desclée de Brouwer et Cie., pp. 50 a 84, y los capítulos VI, VII, VIII.—Yves M. J. CONGAR, O. P., *Falsas y verdaderas Reformas en la Iglesia*, Instituto de Estudios Políticos (Madrid 1953), pp. 66 a 74.—JAKI, Stanislas P., O. S. B., *Les tendances nouvelles de l'eccésiologie*, Casa Editrice Herder (Roma 1957), pp. 248-251. El Padre Jaki critica el valor objetivo de las definiciones que dan varios autores.

El Padre LIÉGÉ, O. P., se queja de que la definición demasiado jurídica de San Roberto Belarmino haya sido la más vulgarizada en la Teología y en la Pastoral desde el Concilio de Trento hasta la fecha. Cfr. P.-A. LIÉGÉ, *Le mystère de l'Eglise*, Initiation Théologique, volumen IV, pp. 369 y 370.—Charles JOURNET *op. cit.*, en las pp. 1180-1183, critica también la definición de San Roberto Belarmino.

Algunas fórmulas del «acto de fe» que se hallan en los catecismos no mencionan explícitamente a Cristo, objeto de la fe, sino a sus representantes, objeto

Es indudable que tal noción de la Iglesia, excesivamente vuelta hacia afuera, ha desempeñado papel importante en tiempos en que la amenaza inminente del adversario lo exigía. Ciertamente, ese espíritu cristiano, hereditario y casi instintivo, monolítico, trasunto de la sociedad cristiana y protegido por la misma situación política, puede haber ejercido providencial contrapeso de las deficiencias innegables que en su formación eclesiológica tuvieron nuestros lejanos antepasados, clérigos o laicos.

Las ventajas de esa situación social permitían en ocasiones encubrir más de una ambigüedad y que no se pusieran suficientemente a salvo algunos aspectos importantísimos de la Iglesia, «toda» ella Cuerpo Místico de Cristo; aspectos que hoy se tiende a hacer resaltar más y que esperamos adquirirán luz nueva en el próximo Concilio⁶, tanto respecto a la doctrina propiamente dicha como en lo referente a las instituciones y estados de vida cristiana y a la acción pastoral que con aquélla guardan, naturalmente, estrecha conexión. En efecto, la acción y proceder de la Iglesia, el sentido de las prescripciones canónicas, el significado y alcance de los cargos de responsabilidad sobre las almas y la modalidad precisa de conferirlos y de cumplirlos... responden siempre a una noción más o menos profunda y más o menos evangélica de la realidad de la Iglesia.

Pero en nuestros días no pelagra tanto tal o cual punto de la fe, como sucedía entonces, cuanto todo su edificio, su originalidad —cuántos no confunden la Iglesia con una clase social y hasta con algún partido— y toda su consistencia, en inmensas masas de hombres, especialmente entre los que eran los preferidos de Jesucristo: los trabajadores y pobres. Todo ello se manifiesta, más que por afirmaciones doctrinales contra la fe, con actitudes apáticas, con evasiones y omisiones absurdas y suicidas: en las primeras generaciones pueden parecerse simples cobardías más o menos culpables y peligrosas, pero en

también de la fe, pero con dependencia del objeto primero, que es Cristo, en cuyo nombre gobiernan la Iglesia con potestad vicaria. (Cfr. P.-A. LIÉGÉ, *Foi*, Diccionario «Catholicisme», columna 1393.

⁶ No es difícil adivinar que el Concilio será ante todo eclesiológico, no sólo ni principalmente, porque estudiará el problema de la unión de las Iglesias, sino sobre todo, porque la tendencia contemporánea a concebir la Iglesia como el Cristo místico será el principio dinámico alrededor del cual girarán todos los estudios doctrinales y prácticos que se lleven a cabo sobre la Iglesia: Jerarquía, laicado, apostolado, misiones, liturgia, unión de las Iglesias, vida pastoral, reforma necesaria de ciertos puntos del Derecho Canónico y de ciertas formas hoy ya anacrónicas, etc.

las siguientes suelen desembocar en la separación definitiva de la fe, como los sociólogos no cesan de clamar y ponernos en guardia ⁷.

Por eso conviene, hoy más que nunca, poner bien en claro el dogma de la Iglesia, la plenitud de su realidad y misterio, presente y actual, tanto en los que la gobiernan como en todos los demás, seamos clérigos, religiosos o seculares, pues todos tenemos la misión de extender, dar vida y profundidad al Reino de Dios en el mundo.

La Iglesia, definida a partir de Cristo.

La definición más genuina de la Iglesia ha de construirse partiendo de Cristo, origen de ella, a la vez que su impulso motor actual, juntamente con el Espíritu Santo. Así procede la hermosa y profunda definición de un conocido obispo y teólogo: «La Iglesia es Jesucristo, derramado y comunicado a través del mundo.»

Según esta definición, Jesucristo, en su fase histórica, se nos revela portador de una misión que no coincide en su plenitud, exacta y adecuadamente, con la acción que realizó su persona física; aquella misión quedó más bien inacabada, incompleta y en espera de ser consumada por la acción de su Cuerpo Místico, esto es, por la Iglesia.

Con esta perspectiva grandiosa ya empieza a vislumbrarse, al menos globalmente y en sus líneas generales, la misión de la Catequesis en la Iglesia: será comunicar, acrecentar, perfeccionar a Cristo, de modo especial —aunque no exclusivo— en los niños y jóvenes; o bien, con términos equivalentes: la Catequesis consistirá en comunicar, fomentar, acrecentar y consumir el misterio de la Iglesia en las almas por mediación del ministerio de la Palabra.

Como se ve, la Catequesis es una de las funciones más profundamente eclesiales.

En otro artículo la precisaremos y delimitaremos. Entonces también podrán establecerse las relaciones que guarda con otras funciones, también eclesiales.

La instrumentalidad en la misión de la Iglesia.

Esta comunicación y acrecentamiento del Cuerpo de Cristo lo obran el Señor y su Espíritu interiormente, de modo que a esos agentes di-

⁷ Cfr. Paul SCHMITT-EGLIN, *Le mécanisme de la déchristianisation*, AJsatia (Paris 1952).

vinos interiores ha de referirse, en última instancia, todo el proceso de edificación de la Iglesia en el mundo⁸.

Dicho proceso, sin embargo, a causa de nuestra naturaleza y situación encarnada, imperfecta y corporal, y por razón de nuestra captación, por vía mediata, de los bienes y riquezas sobrenaturales, se realiza mediante instrumentos. Toda acción interior de santificación corresponde, de ordinario, a otra acción paralela de esos instrumentos que el ser y constitución de la Iglesia y del hombre en ella exigen. Tales instrumentos pueden ser ya signos⁹, ya personas portadores de gracia.

La noción de instrumentalidad es una de las categorías más profundas y misteriosas de la Iglesia en su situación de encarnada en la Historia¹⁰. La aparición, a través de los tiempos, de un fenómeno, que por estar familiarizados con él nos parece tan prosaico, como es el de la ininterrupción de los santos, de fundadores y de escritores sagrados, ha cambiado la faz de la Iglesia: su rostro nos sería desconocido si esos hombres no hubieran hecho acto de presencia en su historia.

La aparición posible, en el futuro, de otra pléyade de hombres eminentes motivaría el que, si dentro de algunos siglos despertáramos de nuevo a la vida terrena, desconoceríamos esta Iglesia no, evidentemente, en lo que respecta a su núcleo fundamental invariable, pero sí, cier-

⁸ Cfr. 1 Cor. 3, 6.

⁹ Por ejemplo, los signos de que constantemente se sirven los sacramentos, y de modo general toda la liturgia, cuyo ámbito, como es sabido, contiene al mismo tiempo que rebasa el marco de los Sacramentos. Cfr.: Cipriano VAGAGGINI, O. S. B., *El Sentido Teológico de la Liturgia*, B. A. C. (Madrid 1959), pp. 36 ss. A. ROGUET, O. P., *Les Sacrements, signes de Vie*, Cerf (Paris 1952).—Aimé-Georges MARTIMORT, *En memoria mía*, Vilamala (Barcelona 1959).—E. MASURE, *Le Signe*, Bloud et Gay (1953).—Romano GUARDINI, *El espíritu de la Liturgia*, Editorial Araluce (Barcelona 1946), capítulo IV.

¹⁰ Dios, al encarnarse, ha asumido el riesgo no pequeño de injerirse y de comprometerse en las causas segundas. Cfr.: Alfred DELP, S. J., *Zwischen Welt und Gott*, Josef Knecht (Frankfurt am Main 1957), pp. 11-80.—Charles MOELLER, *Le sens de Dieu dans la littérature moderne*, Résurrection, núm. 8, p. 16.—Pierre COLIN, *Conversion du philosophe. Conversion du chrétien*, *ibid.*, pp. 26, 27, 29, 30.

Santo Tomás enseña que Dios comunica al hombre el ser causa instrumental, no por necesidad de su parte, sino por pura bondad (S. Th. I, q. 22, art. 3 in c.).

Para el apostolado, este misterio tiene alcance incalculable. Pío XII, en la encíclica «Mystici Corporis», expresa muy patéticamente esta necesidad que Cristo ha querido voluntariamente imponerse de la colaboración de sus miembros, afirmando que es «Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los Pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con lo que vienen a ser como cooperadores de nuestro Divino Salvador».

tamente, en lo que se refiere a su desarrollo, situación y propagación en el mundo, a su presentación apropiada a las civilizaciones, razas, con vocabulario, mentalidad, filosofía y experiencias vitales distintos en cada etapa del devenir histórico del hombre¹¹. Y es que estos fenómenos, cuyo alcance no es posible prever ni apreciar en toda su magnitud, son galas preciosísimas que matizan, adornan y envuelven el ser de la Iglesia; pueden ser decisivos para su acción pastoral, esto es, para la conversión de las almas y su proceso de mayor unión con Cristo.

Esta instrumentalidad parece ir en detrimento de la Iglesia, que se sujeta a una apariencia deleznable, y acaso puede antojársenos excesivamente encarnada y humillada. Pero esa encarnación se acomoda mejor a nuestra manera humana de captar la verdad, al mismo tiempo que constituye la piedra de toque y el crisol donde se purifica la virtud y se muestra el verdadero valor de nuestra fe, de nuestra obediencia; en una palabra, de nuestra interioridad eclesial.

Los agentes humanos de la misión de la Iglesia.

Los agentes, instrumentos de esta comunicación de Jesucristo, pueden reducirse a dos clases: la Jerarquía y el Pueblo cristiano.

La Jerarquía es guardiana infalible del depósito de la fe confiado por Cristo a su Iglesia. Lo comenta, lo explica con autoridad recibida del Señor y dirige al Pueblo cristiano proponiéndole iniciativas, iluminándolo, encauzándolo.

Bajo la dependencia de la Jerarquía, incumbe también a todos los cristianos la misión y la obligación del quehacer apostólico, de la extensión de la Iglesia, sometidos, evidentemente, a la autoridad jerárquica, pero no siempre obligados a esperar sus iniciativas hasta en los

¹¹ Pensemos un poco en cuál sería nuestro pensamiento teológico si no hubiese existido la labor de hombres gigantes como San Agustín y con él los Padres de la Iglesia, Santo Tomás, San Buenaventura, Santa Teresa. Pero demonos cuenta también del peligro que acecha a muchos pensadores y teólogos satisfechos con especular sobre asuntos que nada o muy poca cosa aportan al hombre de hoy y que continúan o resucitan problemáticas, vocabulario, sutilezas, enconos y oposiciones que al pensamiento y a la vida actual ni son inteligibles, ni ofrecen verdadero interés. La decadencia de la Escolástica vino de ahí precisamente.

Mejor sería enfrentarse con la situación religiosa real del tiempo presente, afrontando con caballeridad y humildad cristianas los riesgos que aquellos prohombres afrontaron en su tiempo y buscando la solución que los graves problemas actuales reclaman. (Cfr. Yves M. J. CONGAR, O. P., *Falsas y verdaderas Reformas en la Iglesia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1953, pp. 21, 24, 32, 114, 115, 162, 163, 398, 399, 441, 457.)

pormenores¹², ya que a aquélla le es humanamente imposible entrar en el caso particular y técnico de la acción inmediata del cristiano¹³. Este tiene para guiarse, por una parte, las normas claramente formuladas por el ministerio apostólico; por otra, posee el tesoro de la Palabra de Dios en los Libros Sagrados, la Tradición de esa Palabra en la Iglesia, la acción del Espíritu Santo y las propias inspiraciones y mociones, que les dictan en cada instante el modo de acción concreta que ha de realizar para que contribuya de hecho a la construcción del Reino de Dios en sí mismos y en todo el Cuerpo Místico.

Entre los miembros que hemos distinguido de la Jerarquía están los sacerdotes, religiosos y seculares. Todos deben referir a ella su fe, pero cada uno debe, a su vez, comunicarla según su estado propio¹⁴.

Los diferentes estados no han de oponerse, como a veces ocurre. Ello equivaldría a desconocer su unidad misteriosa en Cristo Jesús. Se incurriría, además, en la negación práctica, esto es, pastoral del dogma del Cuerpo Místico. Todo, en efecto, se unifica en Cristo, plenitud a que ha de tender la Iglesia; pero cada uno de los miembros o estados en la Comunidad cristiana aporta a ésta «una» complementariedad, «una» perfección, «una» proyección manifestativa de tal o cual virtualidad del Cristo total: ni todo es cabeza, ni todo miembros¹⁵, ni todo sacerdocio; ni reduciéndolo todo a Liturgia o a sola vida contemplativa, descuidando otras labores apostólicas de religiosos o seculares, se puede llevar a cabo la acción eclesial en su totalidad, es decir, la expresión plenaria de todo el ser de Cristo.

Así, para la construcción de la Iglesia, el sacerdote reparte y distribuye los sacramentos y proclama la Palabra de Dios; el religioso da testimonio, ya en la tierra, del estado escatológico, donde ni los hombres tendrán mujeres, ni las mujeres maridos¹⁶, ni la preocupación de

¹² Un celoso Prelado nos contaba cómo había reprendido severamente a cierto presidente de la Acción Católica de su diócesis porque, al preguntarle dos meses después de su nombramiento sobre la marcha de la Acción Católica, el presidente le respondió que esperaba las normas precisas de su Obispo. «¿No le he dado a usted los poderes necesarios? —le dijo el Obispo—; ¿por qué no tomó sobre sí todas las responsabilidades e iniciativas pertinentes?»

¹³ Cfr. Lili ALVAREZ, *En tierra extraña*, Editorial Taurus (Madrid 1958), páginas 237 y 238.

¹⁴ Es sabido cómo en lo que respecta al ministerio profético, esto es, al ministerio de la Palabra de Dios, la misión canónica otorgada por la Jerarquía al sacerdote o al secolar puede ser la misma, dependiendo su eficacia de la preparación, formación y santidad de cada uno. Así lo declaró explícitamente Pío XII en su discurso al II Congreso Mundial del Apostolado Secular, del 5 de octubre de 1957. Puédesse consultar en «Ecclesia, núm. 849 (1957), p. 1186.

¹⁵ Cfr. 1 Cor 12, 14.

¹⁶ Mt 22, 30.

los bienes materiales será rémora a nuestra unión total con Dios: el religioso los renuncia para mejor tender en la tierra al fin último del hombre¹⁷; el matrimonio es la figura de la unión mística de Cristo con su Iglesia¹⁸.

Los seculares representan la porción más numerosa y el camino común. A su edificación se ordena el mismo ministerio apostólico. A ellos incumbe, como propio, el deber intransferible de encarnar concretamente la Palabra de Dios en la Ciudad terrena, la «consecratio mundi». Los seculares muestran, por lo tanto, ante los ojos del mundo admirado¹⁹, la significación concreta, el mejor comentario, hecho acción y vida, de la Palabra trascendente de Dios²⁰.

En efecto, la modalidad y calidad concretas de la vida llevan adherido el mensaje de la doctrina, puesto que a todo comportamiento, seamos o no conscientes de ello, responde por fuerza una ideología, ya en el individuo, ya en el ordenamiento concreto de la colectividad²¹.

Este testimonio vivido destruye toda posible ambigüedad si va acompañado del testimonio de la palabra hablada, en las diversas formas de su comunicación: en la educación que dan los padres, en los consejos de un amigo, de los miembros de movimientos apostólicos, amén de otras actividades en que más específicamente aún puede dis-

¹⁷ Cfr. René CARPENTIER, S. J., *Témoins de la Cité de Dieu. Initiation à la vie religieuse*, Desclée de Brouwer (Paris-Louvain 1957), especialmente el capítulo III.

¹⁸ Louis BOUYER, *Le Trône de la Sagesse. Essai sur la signification du culte marial*, Cerf (Paris 1957). Cfr., sobre todo, el capítulo V.

¹⁹ Cfr. P.-A. LIÉGÉ, *Le mystère de l'Eglise*, Initiation Théologique 4 (1954) p. 375 ss.

²⁰ «Die Laien sind nicht nur Objekt, sondern auch Subjekt der Kirche in Unterordnung unter die Hierarchie. Sie sollen von blossen Nutzniessern zu Aposteln werden. Es ist nicht so, dass sie nur Nothelfer der Hierarchie sind. Ihre Mitarbeit ist nicht durch den Pristermangel zeitbedingt, sondern mit ihrem Christsein immer und ohne weiteres gegeben» (Viktor SCHURR, *Seelsorge in einer neuen Welt*, Otto Müller, Salzburg, 1957, p. 64).—«Die kommende Geschichte der Kirche in ihrer Wirkung auf die Welt wird von den Laien gestaltet werden, oder sie wird überhaupt nicht gestaltet». (J. MEURERS. Citado en Viktor SCHURR, *ibid.*, pág. 67)

²¹ Esto nos da luz sobre la significación y alcance de los pecados colectivos, tema frecuente en conferencias y disertaciones de los pensadores cristianos de nuestro tiempo. Existen, en efecto, pecados que pesan sobre la colectividad, que los apoyan el medio ambiente y su mentalidad. La responsabilidad mayor no recae sobre el jefe de los grupos o comunidades religiosas, sociales, políticas o económicas. Los jefes son también seguidores de la colectividad, puesto que en ella han forjado su espíritu y móviles de acción. Sobre los grupos mismos recae preferentemente el peso de la responsabilidad. A los grupos como tales ha de imponérseles el correctivo medicinal.

La sociología religiosa nos está descubriendo cada día nuevas luces sobre la pastoral de los grupos y comunidades. (Cfr. Viktor SCHURR, *op. cit.*, pp. 67 ss.)

pensarse la Palabra de Dios: Catequesis, magisterio, oficios o ministerios litúrgicos o paralitúrgicos...

Las realidades mencionadas —Jerarquía, sacerdotes, religiosos y seculares— realizan la totalidad de la misión de la Iglesia, cada cual según su originalidad propia. Apenas se subestima, por lo tanto, uno de sus aspectos, se incurre en la unilateralidad, que es una forma del error: polarizarse exclusivamente en la Jerarquía o en el clero encierra el grave peligro de confundir la Iglesia con una de sus partes; en cambio, rebajar la estructura jerárquica y sacramental, considerando y exaltando la misión de la Iglesia sólo desde el punto de vista del estado secolar, es caer en un seclerismo olvidado de esa estructura jerárquica esencial a la Iglesia, que, en último término, tiene sus raíces más profundas en el misterio teándrico de la Encarnación. Se incurriría entonces en cierto espiritualismo de sabor y cuño protestantes.

Concepto de acción eclesial.

Asentados estos principios básicos, vengamos más detenidamente a considerar el modo como se lleva a cabo la misión de que venimos hablando.

Esta se realiza fundamentalmente en la acción eclesial.

Para salir al paso de posibles ambigüedades y errores, es imprescindible definir qué entendemos aquí por el término «acción».

No ha de confundírsela con el llamado activismo. Porque éste es lógica excrecencia y como la manifestación externa de un vacío interior o, a lo sumo, de la acción interna no sujeta al equilibrio y a las leyes determinantes de la verdadera acción cristiana, que es entrega total del ser. Y, entregándolo, se perfecciona y «re-crea» inmanentemente; pero de ningún modo arrastra consigo la enajenación o extenuación de sí mismo ²².

Si consideramos la Iglesia como persona viva, su acción se identificará con todos los impulsos, movimientos y transportes de su existencia sobrenatural, que la causa final determina, engarza y da sentido. Serán signos al mismo tiempo que factores de su tensión creadora.

²² Estas simples reflexiones imponen un estilo «sobrio» y ponderado a nuestra acción apostólica. Ha de realizarse de tal modo, que no enajene ni la libertad ni la espontaneidad psicológicas: éstas tienen relación íntima con nuestra interioridad religiosa y con nuestro trato con las almas, que una fiebre excesiva y abrumadora comprometen gravemente. La responsabilidad colectiva de que hablábamos antes —reglamentos, horarios, vida y trabajos desordenados y excesivos, amontonamiento irracional de cargos— juega también aquí papel importantísimo.

La acción de la Iglesia es, por consiguiente y primordialmente, su mismo «ser» y las fuerzas que la crean internamente en ese constante «fieri», en su devenir y crecer histórico y espiritual hasta llegar a la medida del varón perfecto²³; es la acción de Dios en los miembros de la Iglesia; es la respuesta de fidelidad que la Iglesia da a Dios y los signos constituyentes y manifestativos de esa respuesta tan compleja: vida en gracia de los cristianos, oración, sacrificios, ejercicios ascéticos, acción apostólica, pastoral profética y sacramental...

La acción primordial de la Iglesia es, evidentemente, la acción eucarística, la Santa Misa, por cuanto en ella se representa, actualizado, el misterio de la Pascua de Cristo²⁴. Esta constituyó el centro de su vida, de su misión y de toda la Historia Sagrada. El misterio de la Pascua se revelará plenamente al fin de los tiempos, cuando Cristo la culmine presentando la Iglesia al Padre²⁵.

De acuerdo con este concepto de la acción cristiana, ya se puede vislumbrar la función clave que desempeña la santidad de los cristianos en la misión eclesial, ya que aquélla constituye el eje en donde convergen la santidad de Dios y la indignidad del hombre.

De lo dicho se desprende que lo que vulgarmente llamamos «acción», refiriéndonos a la acción externa, es solamente el «resplandor del ser profundo de la Iglesia». Por lo tanto, la acción externa del apóstol y de los miembros de la Iglesia en general será auténtica acción de ésta en la medida en que sea proyección hacia afuera de la acción

²³ Eph 4, 13.

²⁴ Cfr. lo que hemos escrito en nuestra obra *Introducción a la Teología Pastoral de la Misa*, colección «Sinite», Bruño (Madrid 1960), en el cap. I, y nuestro artículo *La Misa, escuela de la vida cristiana*, *Educadores* 4 (1959) pp. 551 a 553.

²⁵ «Dans une philosophie personaliste, on parle de l'Action pour désigner tout ce qui révèle l'intention de la personne et exprime sa finalité essentielle de vie créatrice. L'Eglise est une Personne vivante dont l'Esprit du Christ est l'animateur, en dépendance de la mission du Seigneur à qui tout pouvoir a été donné aux Cieux et sur terre.

»Pour préciser ce qu'est cette Action ecclésiale, on rappellera sa finalité: «Construire le Corps du Christ jusqu'à la taille même qui convient à la plénitude du Christ, en opérant sa croissance dans la charité» (Eph 4, 13, 16). On rappellera qu'elle ne saurait être autre chose qu'une Action pascuale, expansion de l'acte pascal du Christ. On soulignera enfin que cette Action pascuale s'opère dans la continuité du mystère de la Pentecôte, présence actuelle de l'Esprit et source de la mission» (P. A. LIÉGÉ, O. P., en la p. XVI de su introducción al libro de F.-X. ARNOLD, *Dienst am Glauben*, en la edición francesa que lleva por título *Serviteurs de la Foi*, Desclée (Paris 1957). Cfr. también el pensamiento de M. BLONDEL sobre la acción del apóstol, en Joseph BÉCAUD, *L'action, instrument d'Évangélisation*, les Editions Ouvrières (Paris 1954) pp. 192-194.—Juan ROIG GIRONELLA, S. I., *La filosofía de la acción*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid 1943).

profunda constructiva de la Iglesia. De otro modo se reduciría a simple activismo, de valor nulo para el ser genuino de la Iglesia.

Con esto no minimizamos la acción externa. Al contrario, dado que el perfeccionamiento y consumación del Cuerpo Místico se lleva a cabo en el seno de estructuras circunstanciales y terrenas, y que por eso mismo el hombre —tal cual Dios lo ha querido— percibe las realidades sobrenaturales a través de los signos, hay que sospechar de cualquiera acción que no tienda por su propio dinamismo interno a exteriorizarse y hacerse visible, a proclamarse y propagarse. En efecto, sólo así capta el hombre concreto la acción misteriosa que constituye la Iglesia ²⁶.

La palabra de Dios y los sacramentos en la Misión de la Iglesia.

Estos principios y reflexiones iniciales nos parecían imprescindibles para evitar confusiones en la trayectoria que debemos recorrer.

Veamos ahora dónde se realiza la síntesis de toda esa acción de la Iglesia. Realizada aquélla, se llevará a cabo en sus líneas esenciales la misión eclesial.

Puede decirse que el ser de la Iglesia, su expresión y su propagación se recapitulan esencialmente en dos acciones: la Palabra de Dios y el Sacramento.

La Palabra de Dios es el principio de la fe, como dice San Pablo: principio de la fe si sabemos concebirla en toda la amplitud y profundidad: la palabra que debe sonar por fuera para que accedamos a

²⁶ En las épocas que vivimos de descristianización y de mezcla, cada vez más abigarrada en la sociedad, de toda clase de religiones, de opiniones y de sistemas, tiene importancia de vida o de muerte para la Iglesia el hacer «visible» el cristianismo, las costumbres cristianas, por medio de un cristianismo vivido, arrollador, que exteriorice al mundo superficial, materializado, pragmático y pagano, los signos inequívocos que den fe de la «originalidad» del cristianismo. Nunca más que hoy tienen aplicación las palabras del Señor: «Vosotros sois la luz del mundo...; ni se enciende una lámpara y se pone bajo el clemén, sino sobre el candelero... Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mat 5, 14-16).

Por tanto, los valores bien visibles de sinceridad, de caridad, desinterés, verdad, abnegación, honradez, en el cristianismo serán los que se impongan a tantas conductas egoístas, interesadas, a tantas ambigüedades de las palabras humanas (cfr. Lili ALVAREZ, *En tierra extraña*, Editorial Taurus, Madrid 1958, páginas 245-247).

Si esta manifestación de nuestra fe no se da, ya porque nuestro cristianismo es un formalismo más, una etiqueta, ya porque no lo manifestamos resueltamente, nuestra conducta no revelará sino oscurecerá más bien la verdadera Iglesia a quienes deseen ver su originalidad, su verdadero rostro (cfr. Yves M. J. Con-

la fe de modo cada vez más personal²⁷, y la Palabra que interiormente nos llama, nos impulsa y, finalmente, nos santifica²⁸. De ese modo incluimos también la gracia en la síntesis propuesta.

El Sacramento es el signo eficaz que significa, contiene y da la fe. Todo él está también formado de palabras, ya sean las palabras que constituyen la esencia del Sacramento, ya sean las palabras que forman el cortejo de los signos sacramentales y acompañan a la acción y dramatización litúrgicas del Sacramento, y cuya importancia pastoral el movimiento litúrgico restaura constantemente con renovada y consciente insistencia.

No se trata de dos realidades que hayan de oponerse, sino más bien de dos facetas de la misma realidad, de dos vertientes procedentes de la misma cima y conducentes, a su vez, a ella. Es difícil precisar cuál de las dos realidades sea superior. Más exacto es afirmar que ambas son complementarias y relativas. En efecto, el sacramento, sin la fe en la eficacia de la Palabra de Dios, no opera; pero la Palabra de Dios, en cierto modo, se encarna constituyendo el Sacramento, signo y al mismo tiempo realidad de la gracia que contiene²⁹.

Si ahondamos un poco, veremos que alrededor de estos dos ejes gira todo el edificio de la vida cristiana, de tal modo que si uno de los elementos deja de influir en ella, la realidad sobrenatural en los

GAR, O. P. *Falsas y verdaderas Reformas en la Iglesia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953, pp. 38, 39, 40, 82, 83, 424).

²⁷ Rom 10, 14.

²⁸ «Das Wort Gottes, das uns im Glauben Licht und Leben schenkt, ist eins mit Seiner Tat, mit den *Heilstaten* Seiner Liebe. Wir glauben an Christus, das Wort des Vaters, und an alle Seine Worte. Wir glauben aber im Heilsglauben vor allem auch an die Grosstaten Seiner Liebe, an Seinen Tod und Seine Auferstehung zu unserem Heile. Das Wort Gottes und die Heilstaten Christi bilden im Glauben ein Ganzes. Die Heilstaten Christi sind selbst machtvolle Worte Gottes, die lichtvollste Offenbarung Seiner Herzensgeheimnisse...

»Das Wort der Offenbarung hülfe uns nichts, wenn es nur äusserlich an unser Ohr dränge. Wenn Gott in Liebe zum Menschen spricht, dann greift Er auch erneuernd in sein Herz, in seinen Willen und Verstand ein, auf dass er heilsgemäss «nach Jüngerart» (Is 50, 4) hören kann. In der Glaubensgnade, die ein machtvolles Tun Gottes ist, werden Sein Sprechen und Seine Heilstaten jetzt und hier für diesen Menschen wirksam» (Bernhard HAERING, *Christ in einer neuen Welt*, Erichewel, Freiburg im Breisgau, 1960, p. 169).

²⁹ Cfr.: Casiano FLORISTÁN, *El kerigma cristiano. Concepto, historia y controversia*, Lumen VI, septiembre-octubre, núm. 24, p. 289-307.—Dr. Joh. BETZ, *Wort und Sakrament. Versuch einer dogmatischen Verhältnisbestimmung*, en Verkündigung und Glaube (Herder 1958), pp. 76-99.—P.-A. LIÉGÉ, *De la Parole à la Catéchèse*, Lumière et vie, núm. 35, pp. 34-55.—A. M. ROGUET, *Proclamación de la Palabra de Dios*, Seminario 7 (1958) pp. 3-19.—Bernard HAERING, *op. cit.*, pp. 170 ss.

miembros de la Iglesia se enflaquece y debilita, pierde su originalidad y fuerza de impacto y termina por desaparecer.

En efecto, si a la Palabra no acompaña el Sacramento, el cristiano carece de la seguridad objetiva de la eficiencia de la gracia de Dios, encerrándose en la subjetividad religiosa. Es la unilateralidad protestante. Pero también el Sacramento se desvirtúa en quien lo recibe si no va acompañado de la Palabra de Dios, viva, operante y recibida personalmente.

Sin esta penetración de la Palabra en el proceso de la vida espiritual, el hombre así deformado concebirá el Sacramento a su manera, desfigurando las ideas cristianas con impresiones más o menos afines a la superstición y a la magia, creyendo como sentimientos inspirados los surgidos en su simple inmanencia subjetiva, y, por lo mismo, fruto de sus gustos e inclinaciones pasajeras; en consecuencia, confundirá en toda la vida cristiana los valores esenciales con los accidentes postizos.

Es esta ausencia de la auténtica Palabra de Dios, de la verdadera evangelización y pensamiento bíblico, una de las grietas más profundas que hienden y cuartejan la arquitectura espiritual de enormes masas de cristianos. Se percibe esto visiblemente, en primer lugar, en ciertas vidas cargadas de exornos espirituales desprovistos de especial importancia, que se toman como piezas claves; en segundo lugar, en su actuación como miembros de la ciudad terrena, en la cual se descuidan deberes esenciales del cristiano sin la menor inquietud de conciencia y sin presentir siquiera que se deja de ser cristiano cuando tamañas aberraciones se cometen: piénsese, por ejemplo, qué pocos cristianos consideran al hombre como «sacramento de Dios»³⁰, aunque, por otra parte, sean fieles a ciertas prácticas religiosas.

La misma vida profesional del cristiano que quiere colaborar en la construcción de la Ciudad celeste ya en la tierra no debe ser otra cosa, si bien se entiende, que la epifanía y realización, en la acción humana, de esa síntesis operada en su alma por la Palabra de la fe y el Sacramento de vida. Así podrá construir la Ciudad de Dios, de acuerdo con los principios dinámicos que dicha síntesis haya creado, en su mentalidad, en sus resoluciones, en la visión de sí mismo como individuo, con cuerpo, con valores humanos, en sus costumbres y

³⁰ Cfr. Hans Urs Von BALTHASAR, *Die Gottesfrage des heutigen Menschen*, Verlag Herold, Wien. Puede consultarse su traducción francesa, *Dieu et l'homme d'aujourd'hui*, Desclée de Brouwer (Grenoble 1957), cap. IV.

modos de comportarse, en sus relaciones con los otros hombres, vivan éstos adheridos a la Iglesia o le sean hostiles.

La Catequesis, ministerio profético.

Ya establecidos los elementos fundamentales que entretejen la trama de todo el edificio espiritual y las realidades eclesiales en que el hombre encuentra a Dios, vengamos ahora a precisar cuál sea en esta síntesis el papel de la Catequesis dentro de la misión total de la Iglesia.

Para ello, preguntémonos en dónde reside, por parte de la Esposa de Cristo, la fuerza espiritual que da vida y hace posible la aplicación subjetiva de la Palabra de Dios y del Sacramento.

Este dinamismo o principio vital interno es la virtud de la fe, tomada aquí en la perspectiva de San Pablo y Santiago y viviente en la tradición católica; adornada, por lo tanto, con el cortejo de virtudes que la integran y hacen viva y operante.

La acción de la Catequesis será el organismo destinado a suscitar, fomentar y acrecentar la fe, de tal modo que la Palabra de Dios propuesta al cristiano sea Palabra de vida, en la cual Dios esté presente y operante «para» él³¹; sólo así sabrá acercarse con el máximum de intencionalidad al Sacramento. No se conformará entonces con el mínimum requerido para la validez, sino que lo considerará, sobre todo, como agente de inmensas virtualidades, tanto en su función individual como social.

Ya empezamos, pues, a asentar que el ministerio catequístico es ministerio propiamente profético, es decir, de proclamación de la Palabra de Dios, con toda su dignidad y responsabilidad. Es al mismo tiempo ministerio íntimamente vinculado al sacramental, por cuanto dispone al fiel a recibir con la máxima intensidad el Sacramento, a leer en los signos sacramentales la invisible presencia de Dios y a comulgar con ella. En este sentido, es *umbral* de la vida sacramental, ya que introduce al cristiano en ella.

Recapitulando y precisando todavía más, diremos que el ministerio catequístico coopera directamente con la misión profética del obispo

³¹ Franz ARNOLD, *L'Acte de foi, engagement personnel*, Lumen Vitae 5 (1950) 263-268.

e indirectamente con su misión santificadora, que se consuma primordialmente por la liturgia o acción sacramental ³².

* * *

Para describir ahora más por menudo y con mayor detención este objeto de la Catequesis, del que sólo hemos dado algunas pinceladas, habrá que analizar las fases o estadios por los que debe realizarse el proceso o itinerario espiritual del cristiano, si su contextura y contenido han de ser lozanos, en lo que es fundamental.

Si dichas etapas fallan, ya porque se quemen o se prescinda de alguna de ellas, ya porque se resienta de debilidad e inconsistencia internas, todo el edificio espiritual será deficiente e incompleto.

Pero esto es materia suficiente para otro artículo.

P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F.S.C.

(Continuará.)

³² Cfr. Mr. SAUDREAU, *Le catéchiste situe sa mission dans l'Eglise*, Documentation Catéchistique, 39 (abril 1958) pp. 19-32. Cfr. especialmente la página 28.